

Acompañar como pastores

Formación permanente del clero

Casa diocesana, 11 de noviembre de 2019

Tratamos de buscar ahora, en este segundo momento, qué relación existe, si es que la hay, entre el acompañamiento y la espiritualidad del propio sacerdote. Hemos repetido —como es tradición en la Iglesia— que el acompañamiento no es una tarea exclusiva del cura, aunque guarde una sintonía espontánea con su ministerio. Ahora bien, si es un sacerdote el que acompaña, ¿hay algún rasgo que lo distinga? ¿Aporta o quita algo que el acompañante sea un sacerdote? Tratamos de ver si ese acompañamiento tiene matices propios. Y también, por otro lado, a la inversa, si el acompañamiento enriquece el propio ministerio y la espiritualidad del sacerdote que acompaña. Podría parecer una cuestión muy teórica; espero que no lo sea.

1. Reproducir los rasgos del Buen Pastor

Espiritualidad e identidad cristiana forman un binomio inseparable. Cada estado de vida, cada modo de seguimiento del Señor posee un rasgo distintivo que lo caracteriza, una cualidad propia que le da *identidad*. Y que, a la vez, configura su *espiritualidad*. Alfonso Crespo nos ha hablado con frecuencia de la *circularidad* que existe entre ambas: ahondar en la propia identidad supone descubrir una espiritualidad específica —laical, presbiteral, religiosa— y alimentar esa espiritualidad nos ayuda a saber quiénes somos. La espiritualidad se desarrolla viviendo auténtica y profundamente nuestra identidad. Y a la inversa.

Nuestra identidad más profunda nos viene por el bautismo, la de *hijos en el Hijo*: el Espíritu nos *marca*, nos *sella* a los cristianos con la imagen del Hijo, con el rostro de Cristo, y nos otorga la experiencia de la vida nueva. Cuando el Padre contempla a su criatura bautizada, ve en ella el rostro de Jesús. Se trata de una identidad embrionaria: a lo largo de la vida estamos llamados a convertirnos en aquello que ya somos. Nuestras opciones morales harán crecer día tras día a la nueva criatura o empañarán ese rostro de Jesús acuñado en nosotros. Nuestra historia personal irá estructurándonos según nuestras propias elecciones.

El Papa nos recuerda precisamente que la medida de la santidad es la «estatura que Cristo alcanza en nosotros [...] el grado como, por la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida a la suya» (GE 21). El seguimiento de Cristo provoca *configuración* con él; el *roce* con el Señor provoca el *parecido*. Pero el misterio de Cristo es de una riqueza tal, que solo la Iglesia *toda entera* puede mostrar su imagen, reflejar su rostro, mientras cada uno de sus miembros logra reflejar únicamente algún rasgo parcial de ese rostro. El papa Francisco

entiende que la santidad implica «reproducir en la propia existencia distintos aspectos de la vida terrena de Jesús» (GE 20). Cada vocación muestra algunos trazos del misterio de Cristo: su obediencia, castidad y pobreza, la experiencia de contemplación del Padre, la atención a los pobres y niños, la esponsalidad, su capacidad de ofrecer el sufrimiento, el ansia de anunciar el Reino, el ejercicio de la autoridad como servicio humilde... Vocaciones, ministerios y carismas son pinceladas distintas de la única realidad del Señor Resucitado, grande e inagotable.

En este foro no hace falta insistir en que el ministerio ordenado refleja los rasgos pastorales de Jesús, el rostro del Buen Pastor. Para nosotros, el seguimiento significa configuración con Cristo Pastor: por el sacramento del orden quedamos sellados por su forma de amar, por la *caridad pastoral*, que se convierte en el eje de nuestra vida y nuestro ministerio. Sabemos que la caridad pastoral es más que la disponibilidad o el desprendimiento sacrificado: se trata de la *participación* de la caridad de Jesucristo Pastor (cf. PDV 23); es algo que *se nos da* a los sacerdotes: *no nos hacemos* partícipes, *se nos hace* partícipes. El sacerdote es llamado a reproducir y continuar en el mundo la actuación de la caridad del Buen Pastor.

2. Un acompañamiento modelado por la caridad pastoral

Entendemos que cada carisma marca también su propia impronta en el acompañamiento: el acompañamiento del salesiano o de la esclava del Divino Corazón con los jóvenes tendrá matices específicos respecto al hermano de san Juan de Dios que acompaña enfermos o al responsable del un movimiento laical o matrimonial, en tanto que reflejan rasgos propios del mismo Jesús, el verdadero acompañante. Matices, colores, si queréis, que pueden no ser fundamentales pero que modelan de distinto modo una misma actividad —el acompañamiento— y enriquecen la espiritualidad de quien lo ejerce.

Esa caridad pastoral que marca toda nuestra vida deja también, naturalmente, su impronta en el acompañamiento ofrecido por el sacerdote. No contraponemos el papel del sacerdote como director espiritual al que pueda ejercer un religioso o un laico. La caridad pastoral labra los carismas que parten del bautismo con rasgos *pastorales*, así como la vida laical o religiosa aportan tonos propios al único seguimiento de Cristo. Concretamos esa impronta en algunos rasgos.

2.1 Una categoría teológica fundamental: la sacramentalidad

Recuerdo, en los años de seminarista, en los noventa, cuando íbamos de campaña del Seminario o de pastoral, en la casa de cualquier cura se veían aquellos dos tomos del *Simposio* y el *Congreso* de espiritualidad sacerdotal que marcaron la vida del clero. Participaron ponentes de primera fila. Los más jóvenes en esta sala quizás no habíais nacido.

Aquella reflexión preparó el terreno para que calase entre nosotros con naturalidad *Pastores dabo vobis*. Y ayudó a calmar el fragor de la discusión posconciliar y la incertidumbre sobre *quién era un cura*. En aquellas ponencias se mantuvo que «el rasgo más específico de la *identidad* del presbítero»¹ lo constituía la categoría de la *sacramentalidad*. Por la imposición de manos y la oración consagradoria, la acción del Espíritu constituye al ordenado como *signo sacramental* de Jesucristo Cabeza y Pastor.

La sacramentalidad se refiere, ante todo, al *ser* del presbítero, aunque tiene consecuencias inmediatas en el *hacer* y en la existencia concreta de cada sacerdote²: la sacramentalidad convierte el ministerio del sacerdote en una actuación *in persona Christi*, pero toda su existencia, como *vida ministerial*, hace presente, con momentos de mayor o menor claridad —*densidad*, podríamos decir— a Jesús: la persona y la actuación del presbítero constituirá un signo de la persona y la actuación de Jesús, Buen Pastor.

Concretándolo en la cuestión que nos ocupa hoy, al acompañamiento, si, «cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza» y «cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Cristo quien habla» (SC 7), de modo análogo resulta legítimo afirmar que, cuando los presbíteros acompañan, es el mismo Buen Pastor, a través de sus ministros y a la vez que ellos, quien acompaña el recorrido de fe del creyente. La cercanía del sacerdote —tanto a la comunidad en conjunto, como en el diálogo con cada uno de sus miembros— se convierte en un signo visible del pastoreo de Jesús. Es *el mismo Buen Pastor* quien, a través de su discípulo y a la vez que él, se ocupa de acompañar a su pueblo. Las ovejas no dejan de pertenecer a Jesús: confiadas a su amigo, seguirán reconociendo su voz. Él mismo se sigue acercando, en cierto modo, a través del presbítero acompañante, a los creyentes que recorren su propio itinerario de Emaús y se pone a caminar con ellos. Es Jesús quien escucha con paciencia a través de la escucha del presbítero, ilumina el recorrido con su Palabra y caldea el corazón. El sendero desemboca en la eucaristía, donde es máxima la *densidad sacramental* del sacerdote y la presencia del Señor.

¹ A. VANHOYE, «Sacramentalidad del ministerio y su repercusión en la persona ordenada», en COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Espiritualidad del presbítero diocesano secular. Simposio*, Edice, Madrid 1987, 71.

² Recordamos la cita de E. Royón: «Debe crearse una íntima relación entre *representar a Cristo e ir transformándose en Jesús* [...]. Obrar continuamente como pastor a través de la multiplicidad de tareas proféticas, sacramentales y de dirección va marcando en la persona del presbítero la imagen del Buen Pastor» (E. ROYÓN, «Oración y experiencia de Dios en la vida del sacerdote», en COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Espiritualidad sacerdotal. Congreso*, Edice, Madrid 1989, 376-377).

A la vez, el sacerdote actúa *in nomine Ecclesiae*, no solo cuando preside la liturgia al frente del Pueblo de Dios, sino también cuando acompaña *uno a uno*. Más allá de sus cualidades personales, no actúa en nombre propio, sino como un signo autorizado del acompañamiento de la Iglesia: el servicio del pastor no tiene sentido al margen de la comunidad cristiana. No se trata de un acompañamiento yuxtapuesto al que realiza en nombre de Cristo, sino de dos aspectos que enriquecen una misma acción ministerial.

La figura del pastor que acompaña supera también la posible dicotomía entre lo *institucional* y lo *carismático*: precisamente por la ordenación, además del carácter de representación de la Iglesia, se le confiere el don del Espíritu Santo, que lo pone en situación de escucha atenta y lo capacita para el ejercicio del discernimiento.

2.2 *Un estilo: la paternidad*

Muchos de nosotros —al menos este que os habla— hemos tenido reparos en algún momento cuando nos han llamado «padre»: la gente se dirigía y se dirige así a nosotros porque nos mira con afecto y respeto. Y nosotros en ocasiones hemos esquivado el ser considerados así, quizás por humildad o por sostener una manera de entender el ministerio, contrapuesta a la de otros tiempos. Aquello del *padre espiritual* nos sonaba como «antiguo». Y, además, siempre quedaban aquellas palabras de Jesús que nos recordaban que el Padre es único (cf. Mt 23, 9).

Por otro lado, existe en todos nosotros un deseo legítimo de paternidad, que puede y debe integrarse y desarrollarse en el ministerio. Un deseo de expresar afecto, de generar vida y dar fruto, de establecer relaciones fecundas... Un caudal de afecto que debe integrarse y canalizarse para no volvernos *secos* o buscar otros refugios.

Creo que el acompañamiento espiritual favorece ese tipo de relación que expresa la más sana paternidad, acogida con toda la cautela y la prudencia a la que el mandato de Jesús nos invita. Seguro que es una experiencia que compartimos muchos de nosotros: hay personas que nos han abierto de par en par su historia y a las que, como le ocurría a Pablo, queremos como a hijos. Jóvenes que hemos *engendrado en la fe*; familias que han convertido en nuestra su historia...con los que se ha establecido un vínculo que tiene algo de *único*. Y nosotros mismos hemos encontrado la figura de un padre en sacerdotes que nos acompañan o nos han acompañado, a los que debemos la fe o la vocación o que nos han tendido una mano permanente en nuestros años de ministerio.

La paternidad, como el acompañamiento, plantea una relación *asimétrica*. No hablamos de una relación entre iguales: el acompañante ofrece una ayuda,

pero no reclama reciprocidad por parte del acompañado, ni se le pide la apertura de su mundo interior.

Para el corazón del pastor, recorrer junto con otro creyente un tramo del camino, breve o prolongado, no constituye una relación funcional, profesional o aséptica. La paternidad, aunque implica una relación desigual, no supone superioridad, ni dominio; no hay lugar para el afán posesivo ni para los celos, salvo para el celo pastoral: al constituir un *signo*, la paternidad del sacerdote es siempre incompleta: los hijos no son nuestros, son del único Padre. Se trata de una paternidad que no se impone, que «más bien ruega»³.

Como expresión de la paternidad de Dios, el único interés del acompañamiento que ofrece el presbítero es el bien del acompañado: el trato *uno a uno* supone para el cura un índice de hasta qué punto está dispuesto a *entregar la vida* por aquellos a quienes acompaña; lo centra para situarse «como el que sirve» (Lc 22, 27); lo cuestiona sobre si él mismo funciona como un asalariado o si ciertamente reproduce la caridad de Jesús, reflejo del amor del Padre⁴.

Me parece muy gráfica la figura de san José para entender esta paternidad del cura: un hijo que no le pertenece, pero un cariño *real* de padre; una presencia discreta, que no roba el centro de la escena, capaz de mantenerse en su puesto secundario, pero que resulta indispensable como referencia para Jesús; Jesús *aprenderá a ser hombre* mirando a José. Y la capacidad de *salir* silenciosamente y sin estridencias. El acompañamiento es, necesariamente, una escuela de humildad. Creo que ahí encaja perfectamente nuestro acompañamiento.

2.3 La fraternidad presbiteral como ámbito privilegiado del acompañamiento

La paternidad no exime al presbítero de considerarse *hijo y hermano*: solo la común filiación legítima el uso del término «padre». Los presbíteros nos convertimos en representación del Hermano primogénito entre los hermanos. Especialmente, el sacramento nos une en fraternidad sacramental: hace años — hoy quizás suene menos— se nos insistía en que somos *copresbíteros*. La caridad pastoral pide de cada sacerdote una relación de familia con el presbiterios.

³ L.E. PINEDO, «Activismo pastoral y paternidad», *Surge* 15 (1957) 308.

⁴ «Resta pedirle (al que tal oficio escoge) el espíritu de padre para con sus hijos que hubiéremos de engendrar. Porque no basta para buen padre engendrar él y dar carga de educación a otro: mas con perseverante amor sufrir todos los trabajos que en criarlos se pasan, hasta verlos presentados en las manos de Dios, sacándoles de este lugar de peligro, como el padre suele tener cuidado del bien de la hija hasta que la ve casada» (J. DE ÁVILA, *Carta I*).

⁵ Cf. PO 8.14; PDV 17.23.28.31.74.

La fraternidad sacerdotal constituye el ambiente que favorece la relación de acompañamiento entre sacerdotes, un cauce privilegiado para la ayuda entre hermanos: el vínculo sacramental, los avatares del ministerio compartido, el celibato, la obediencia o la pobreza, abren posibilidades de diálogo a las que quizás solo otro sacerdote pueda acceder con plena sintonía. La compañía que un cura ofrece a otro se convierte en «fraternidad presbiteral en ejercicio» cada vez que se encuentra en el compañero la sintonía cordial, la escucha, el apoyo y la palabra oportuna de quien comprende plenamente porque comparte día a día la misma experiencia.

El acompañamiento espiritual proporciona al clero «modelos de referencia» a los que dirigir la mirada: en todas las diócesis han existido auténticos maestros, discretos y sencillos, que, sin ellos mismos pretenderlo, han constituido un recurso seguro tanto para los *aprendices* desorientados en los inicios del ministerio, como para los pastores *veteranos*, cuando —también ellos— se han sentido cansados y abatidos o han necesitado auxilio de emergencia. La compañía prudente, atenta, de esos pastores-maestros ha contribuido a fortalecer la fraternidad presbiteral de modo más efectivo que las constantes llamadas a su puesta en práctica.

Aunque el ministerio concreto refleje en unas ocasiones con más intensidad los rasgos de la paternidad y en otras los de la fraternidad, la caridad pastoral engloba el acompañamiento espiritual del presbítero —como todo su ministerio— en el estilo de la *familiaridad* —término muy querido de monseñor Uriarte—. El nuestro, decíamos, no es un acompañamiento dirigido a un sector concreto de fieles, sino indiferenciado, hacia una comunidad diversa con rostros, circunstancias y recorridos de fe múltiples, como los de una familia.

Compartir la vida cotidiana, la fiesta del lugar, la quiebra de un matrimonio o el gozo por el nacimiento de un hijo permite al pastor tejer una trama de relaciones con niños, jóvenes, adultos y familias en diversas situaciones vitales a las que confiere un estilo propio. Es la alegría de sentirnos *uno más*, de saber que *formamos parte*. Tradicionalmente, la estabilidad del cura en el lugar, a veces durante generaciones, favorecía la sensación de pertenencia. En todo caso, nuestras relaciones, sobre todo en la parroquia, no suelen reducirse, gracias a Dios, al encuentro concreto, al momento formal del diálogo: la eucaristía dominical, el trabajo pastoral común, las conversaciones espontáneas o la invitación ocasional a la casa, enriquecen la relación del acompañamiento.

3. Discernimiento y unidad de vida: la mirada fija en lo esencial

No hemos entrado a definir el acompañamiento espiritual, pero ya se van perfilando algunos de sus rasgos: se trata de una relación estable, en la que un cristiano —generalmente más experimentado— ayuda a otro en su seguimiento

del Señor. El modo habitual de esa ayuda es el diálogo. Y uno de sus contenidos centrales, buscar la voluntad de Dios para la propia vida, descubrir los caminos que el Señor nos presenta en el día a día; en definitiva, el discernimiento cotidiano. Por eso acompañamiento y discernimiento van tan unidos en el vocabulario del papa Francisco.

Ese discernimiento se hace especialmente necesario en la situación de *fragmentación vital* en que nos encontramos. Si nos preguntan a los curas cuál es el mal de nuestro tiempo respecto a nuestro ministerio, posiblemente muchos de nosotros responderíamos sin duda: la dispersión, la sensación de estar en mil sitios y, por tanto, no estar en ninguno. Se ve que no es nuevo: el Concilio ya aborda las dificultades que provoca la dispersión y recuerda que no solo afectan a los sacerdotes:

Siendo en el mundo moderno tantos los cargos que deben desempeñar los hombres y tanta la diversidad de los problemas, que los angustian y que muchas veces tienen que resolver precipitadamente, no es raro que se vean en peligro de desparramarse en mil preocupaciones. Y los presbíteros, implicados y distraídos en las muchas obligaciones de su ministerio, no pueden pensar sin angustia cómo lograr la unidad de su vida interior con la magnitud de la acción exterior (PO 14).

La dificultad que recogía el Concilio parece haberse acentuado con el tiempo entre los sacerdotes, al menos en nuestro entorno: la reducción cuantitativa del clero, el aumento de la *carga* pastoral y la dispersión de tareas provocan una cierta inquietud general. Se trata de un *síndrome de atardecer* colectivo acompañado por la frecuente incapacidad *personal* de vivir la situación con sosiego, de integrar la dispersión con paz en medio de los múltiples reclamos concretos del día a día. El trabajo pastoral no provoca el lógico cansancio físico asociado a la felicidad del apóstol, sino estrés y —según los casos— un *desánimo* o un *hartazgo* que no se cura con el descanso⁶. Surgen nuevas situaciones que requieren ascesis y discernimiento.

Pero el campo de la actividad del presbítero no es el único —ni quizás el principal— que requiere unificación. El *corazón* del pastor *parecido a Jesús* se parte, ante todo, por el dolor de quienes se encuentran *cansados y abatidos*, por el pecado del mundo y por la pasión de que el Señor sea conocido y amado. Los frecuentes «fracasos» pastorales ante la dureza del ambiente, la lentitud de los avances y la persistencia del sufrimiento necesitan ser encajados, procesados a la luz de la fe, sobre todo —aunque no solo— en los primeros años de ministerio⁷.

⁶ El Papa nos recordaba a los sacerdotes esos distintos tipos de cansancio en la homilía de la Misa Crismal de 2015.

⁷ Cf. J.M. URIARTE; **ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.**, «Crecer como personas para servir como pastores», en COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *La formación sacerdotal*

El sacerdote, además, se encuentra ante el conflicto continuo y nunca definitivamente resuelto de su propia humanidad: convertir en realidad el ideal que hemos recibido por gracia. La purificación de nuestros afectos, la búsqueda de la propia seguridad, el afán no siempre confesado de recuperar las redes que un día entregamos, se debaten con la alegría de querer a la gente desinteresadamente, con entrañas de padre; con la libertad que aportan el celibato gozoso y la pobreza evangélica. La propia pertenencia a la Iglesia nos ofrece nuestro hogar natural, pero también nos genera resistencias y tiranteces⁸.

Así pues, la llamada del Concilio a la unidad de vida de los presbíteros sigue manteniendo toda su actualidad. Nuestra vida se parece cada vez más, como recuerda el Papa, a la de los porteros de fútbol, que están constantemente a saltos, pendientes de por dónde viene el balón. El Concilio apunta a grandes principios para favorecer la unidad de vida: los presbíteros estamos llamados, en el ejercicio del mismo ministerio, a unirnos a Cristo.

Esta unidad de la vida no la pueden conseguir ni la ordenación meramente externa de la obra del ministerio, ni la sola práctica de los ejercicios de piedad, por mucho que la ayuden. La pueden organizar, en cambio, los presbíteros, imitando en el cumplimiento de su ministerio el ejemplo de Cristo Señor, cuyo alimento era cumplir la voluntad de Aquel que le envió a completar su obra (PO 14).

Presbyterorum ordinis encuentra una vía de acceso a la armonía de la vida interior con las exigencias del apostolado. PO 14 rechaza dos pistas ilusorias: creer que se llegará a la unidad de vida mediante la organización puramente exterior de las actividades o por el solo uso de los medios de piedad —que yuxtaponen la vida interior y la acción, en lugar de integrarlas—. La unidad de vida, que va mas allá del simple equilibrio, ha de tener raíces hondas en el corazón del sacerdote. La fuente de esa unidad está en la unión con Cristo. El Señor ofrece algo más que un modelo; ofrece el *imán que atrae* las piezas de una vida fragmentada: una existencia unificada no se fundamenta, pues, en *algo*, sino en *alguien*, el mismo Jesucristo. La unión con él se verifica *en el mismo ejercicio del ministerio* y en su búsqueda de la voluntad del Padre. Se diluye así la dicotomía entre actividad y vida interior: el propio ministerio, ejercido en el Espíritu de Cristo, se convierte en fuente de espiritualidad.

permanente, Edice, Madrid 2004, 241-244. Recordamos la insistencia de monseñor Uriarte en que el sacerdote «muela» lo que vive, porque *vive mucho y muele poco*. «No olvidemos que la experiencia es “vida digerida”» (ibíd., 244).

⁸ Cf. C.M. MARTINI, «El ejercicio del ministerio, fuente de espiritualidad sacerdotal», en COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Espiritualidad sacerdotal. Congreso*, Edice, Madrid 1989, 175-191, 186-191.

El discernimiento, la búsqueda de la voluntad del Padre como actitud vital, se convierte, por tanto, en un cauce de unidad de vida. El discernimiento —nos insistía Germán Arana el año pasado— no constituye una técnica, un proceso mecánico para tomar decisiones, sino que es una consecuencia directa de la configuración con Cristo, fruto de *tener sus mismos sentimientos*. Se trata de un proceso orante de búsqueda *de Dios y de su voluntad*, una voluntad presente en los gestos, las palabras, las actitudes concretas del Hijo hecho hombre. La vida de Jesús se convierte —decíamos— no solo en modelo, sino en *criterio* para orientar la existencia y las decisiones particulares. La cercanía del discípulo a *la persona de Jesús*, el conocimiento interno que se le ofrece al seguidor, al amigo, otorga la sensibilidad para conocer lo que a Jesús le agrada, lo que *él haría* en la situación concreta. La *connaturalidad* con Jesús permite, con la presencia del Espíritu, actualizar sus preferencias, sus opciones, su búsqueda de la voluntad del Padre. ¿Qué haría Jesús hoy en un contexto cambiante y distinto de la Galilea de hace dos mil años?⁹.

Sin duda, se hace necesario un ejercicio de lectura sosegada de la propia vida y de la pastoral que nos ayude a situarnos con calma. Hoy por hoy nos resulta vital encontrar *formas adecuadas de ejercicio del ministerio*. No faltan factores que nos obligan a concentrarnos en lo esencial: las cambiantes condiciones del entorno, la escasez de los números, la tan repetida «fragilidad» de las generaciones jóvenes (¿y no de las medianas?)... En esta llamada a lo esencial coinciden la llamada del Concilio con las insistencias repetidas del papa Francisco¹⁰. Urge un discernimiento, compartido en lo posible y no apurado por las presiones del momento, que ponga en el centro del ministerio las *relaciones personales* y el *cuidado de la fe*.

Pero ese discernimiento no es solo diocesano, estructural, sino —me parece— también personal: cada uno ha de dirigir una mirada creyente sobre sus propias prioridades personales. Se trata de ser más fieles al ministerio concreto, a nuestra realidad, cuando el tiempo es escaso; un discernimiento sobre cómo anclar

⁹ No se trata, obviamente, de un logro espontáneo o inmediato, sino de un proceso permanente de conformación con Jesucristo por medio de la relación personal con él y de la lectura de la realidad. «No se puede sucumbir a un primitivismo e ingenuidad pretendidamente evangélica, como el retorno a Galilea o el seguimiento del Jesús profeta de los pobres o de los ricos. No somos Jesús, no podemos repetirle; imitarle significa hacer algo nuevo dentro de situaciones históricas, culturales y sociales distintas en la dirección vivida por él» (O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, «La formación intelectual para el ministerio apostólico», en COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *La formación sacerdotal permanente*, Edice, Madrid 2004, 445).

¹⁰ Por ejemplo, en momentos tan dispares como la *Carta a los participantes en la Asamblea general extraordinaria de la Conferencia Episcopal Italiana* (8 de noviembre de 2014) y en la homilía del 9 de septiembre de 2017 en Colombia.

la existencia en el amor personal al Buen Pastor. El vínculo del discernimiento con la caridad pastoral es evidente: se trata de ver cómo amar y servir mejor, qué nos pide y qué me pide el Señor a través de la realidad concreta que vivo. Encajaría aquí el término propio de la espiritualidad ignaciana *discreta caritas*, la *caridad que discierne*¹¹.

El acompañamiento, estamos convencidos, ofrece para este discernimiento una ayuda inestimable:

– El presbítero que acompaña concentra su actividad y su tiempo de pastor más allá de lo *urgente*, en lo *importante* de su ministerio. La decisión convencida de empeñarse en este servicio y dedicarle atención a *cada uno* supone un acto de discernimiento de prioridades que acerca al presbítero a las prioridades del propio Jesús —modelo perfecto de la unidad de vida— en el empleo de su tiempo¹². La atención al individuo, a su proceso de fe, a sus esperanzas y caídas, en un diálogo sincero, permite al sacerdote acercarse al corazón de las personas e ir más allá de la superficie de los acontecimientos. Perder la relación interpersonal profunda nos aleja de la realidad vivida por la gente. Este *ejercicio personalizado del pastoreo* nos pone en sintonía con las inquietudes y anhelos de los acompañados, nos ayuda a ser sensibles a los movimientos del Espíritu y nos centra en lo fundamental de nuestro ministerio. El presbítero que acoge, escucha, ofrece una palabra y ora por cada uno de los suyos reproduce las actitudes del Buen Pastor y avanza en el sentido de su seguimiento y de su ministerio: la identificación con Jesús.

– Por otra parte, el sacerdote que acompaña trata de ayudar a otro a encontrar la voluntad del Padre para él, *lo que Jesús haría* en su lugar, los caminos por los que el Espíritu Santo lo conduce. Ese ejercicio de discernimiento sobre la vida del acompañado enriquece a quien colabora a llevarlo a cabo. La resonancia que dejan en el pastor esos encuentros se convierte en alimento de su propia espiritualidad: reconociendo el paso de Dios por la vida de los demás, podemos descubrirlo en nuestra propia existencia. Caminar con *cada uno* de los que se le han confiado se convierte para el pastor en experiencia de Dios a través de la vida del otro.

¹¹ *Pastores dabo vobis* desarrollará el papel de la caridad pastoral como criterio unificador de la vida del presbítero: «Constituye el *principio interior y dinámico capaz de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote*. Gracias a la misma puede encontrar respuesta la exigencia esencial y permanente de unidad entre la vida interior y tantas tareas y responsabilidades del ministerio, exigencia tanto más urgente en un contexto sociocultural y eclesial fuertemente marcado por la complejidad, la fragmentación y la dispersión. Solamente la concentración de cada instante y de cada gesto en torno a la opción fundamental y determinante de «dar la vida por la grey» puede garantizar esta unidad vital, indispensable para la armonía y el equilibrio espiritual del sacerdote» (PDV 23).

¹² Cf. C.M. MARTINI, *Come Gesù gestiva il suo tempo. Piccola regola di vita per il discepolo del Signore*, Ancora, Milano 2016.

Por otro lado, cuando somos nosotros los que nos dejamos acompañar por un hermano en la fe, favorecemos el discernimiento necesario que centre las distintas dimensiones de nuestra existencia. El acompañamiento de alguien que no nos juzga, que es a la vez padre y hermano, contribuirá a que aceptemos la finitud, la imposibilidad de atender a todos los frentes con la misma intensidad y a establecer prioridades. Permitirá ahondar en las propias esperanzas y contradicciones al examinar la vida, leer el ministerio a la luz del Evangelio que predicamos diariamente. El acompañante podrá iluminar los autoengaños de los que no hemos sido conscientes, nos recuerda la ruta en los momentos de oscuridad y nos ayuda a redescubrir cada día el gozo profundo —a veces crucificado— de la misión.

4. Una palabra sobre el acompañamiento y la confesión

Permitid aquí un paréntesis para plantear la relación entre el acompañamiento espiritual y la confesión. Una cuestión que obviamente se plantea de otro modo en el caso de un acompañante laico, pero que cobra relevancia en nuestro trabajo al considerar el papel del sacerdote como acompañante.

De entrada, no hay duda de que se trata de dos realidades distintas, no solo por el carácter sacramental de la confesión, sino por su finalidad y por el tipo de relación que se establece entre sacerdote y penitente o acompañante y acompañado. Ciertamente, confundirlas significa empobrecerlas: se corre el riesgo, por un lado, de disminuir la objetividad del sacramento y del pecado; por otro, de clericalizar el don del discernimiento. El consejo en una confesión puntual no siempre permite contemplar *el proceso* de los movimientos interiores, el diálogo sobre los porqués...

Sin embargo, la realidad se impone y sabemos que hoy la mayor parte de los cristianos que tienen experiencia de un diálogo espiritual siguen enmarcándolo no tanto en un acompañamiento explícito, sino en el ámbito de la confesión sacramental. Y que existe una cierta *connaturalidad* entre los dos. ¿Debe ser el confesor el mismo acompañante espiritual? De nuevo, como ya decíamos, no nos manejamos con matemáticas, sino con cuestiones opinables. En muchas de nuestras comunidades cristianas, sobre todo en el mundo rural, el párroco quizás sea la única persona del entorno capaz de ofrecer orientación espiritual. Además, el acompañado —nosotros mismos tenemos experiencia— puede encontrar dificultad para abrir su vida interior a más de una persona, especialmente cuando se ha «sintonizado» con alguien, y para «separar» vitalmente las cuestiones que son objeto de confesión de aquellas objeto de discernimiento. No es infrecuente concluir el diálogo de acompañamiento con la celebración del sacramento de la reconciliación.

5. Santos y doctos: carisma y formación

Continuando esta reflexión a partir de la confesión y su relación con la dirección espiritual, por el sacramento del orden, se nos confieren licencias para confesar: nuestra palabra de consejo tendrá mayor o menor acierto, pero todos los presbíteros estamos capacitados para escuchar confesiones y perdonar los pecados en nombre del Señor. Hemos recordado que el Espíritu Santo no otorga el don de discernimiento solo a los sacerdotes, pero que el acompañamiento espiritual presenta una sintonía espontánea con el ministerio presbiteral. Sin embargo, también hemos aludido a las quejas de san Juan de la Cruz sobre los directores de conciencia inexpertos en los caminos del Espíritu, que hacían más mal que bien. Recordaba santa Teresa que «es menester espiritual maestro; mas si este no es letrado, gran inconveniente es»¹³ y cómo hicieron daño a su alma «confesores medio letrados»¹⁴. San Juan de Ávila corrobora que ha de ser «persona letrada y experimentada en las cosas de Dios; que uno sin otro ordinariamente no basta»¹⁵.

A la vez que animamos al ejercicio del acompañamiento, también es justo recoger la llamada de la Iglesia a ser cautos a la hora de acompañar y no dejarnos guiar únicamente por el celo apostólico y la buena voluntad. Conviene preguntarnos por las condiciones necesarias para embarcarnos en la tarea.

Normalmente no salimos del Seminario con una formación sistemática, teórica y práctica, sobre el acompañamiento: algunos consejos, alguna sesión quizás. También es cierto que no existe un «libro de instrucciones» y que se trata de un arte —como decía el Papa—: como tal se aprende con la práctica, y más de un *maestro* que de un profesor. La primera y mejor escuela no será el *estudio de casos*, sino nuestra propia experiencia de ser acompañados, también como curas.

Hemos hablado de actitudes muy sencillas necesarias para el acompañamiento: paciencia, escucha, capacidad de discernimiento... El acompañamiento no exige técnicas o procedimientos recónditos o secretos, reservados solamente a algunos elegidos. El acompañante cristiano no es un gurú iluminado. Mañana, Adrián López abordará más a fondo las claves para el acompañamiento desde la antropología y la psicología. Por ahora nos limitamos a sugerir que para este menester conviene contar con:

– un cierto *carisma*: humanamente, empatía para acoger al que nos habla; pero también humildad y una cierta finura para reconocer los caminos del Espíritu; una connaturalidad con esta tarea que —ojo— *reconocen los demás*, que son los que *piden* el acompañamiento: los Padres del desierto decían que desear

¹³ SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida*, 13, 19.

¹⁴ SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida*, 5, 3.

¹⁵ J. DE ÁVILA, *Audi, filia*, 55.

ejercer de padre espiritual era signo grave de una vida espiritual débil y de soberbia.

– *formación*: un conocimiento básico de la naturaleza humana, de las leyes de la vida espiritual; cierta madurez y recorrido vital que nos aporte libertad interior y experiencia de nosotros mismos, de los demás, de los caminos del Espíritu. Como decíamos, la primera y mejor escuela será el acompañamiento que hayamos recibido y recibamos;

– y algún tipo de *envío*: no me refiero a un rito especial, sino al recuerdo de que se trata de una misión que se cumple en nombre de la Iglesia; que, aunque sea absolutamente personal, no se efectúa *por libre*. Algunos reciben un nombramiento específico en casas de formación; en la mayoría de nuestros casos, se asume con el encargo y la confianza que nos otorga el obispo como pastores de una comunidad.

6. Conclusión: acompañamiento e identidad presbiteral

Al llegar aquí, como conclusión, nos parece que se confirma una relación clara entre el acompañamiento espiritual y una identidad presbiteral viva. Que el acompañamiento enriquece el ministerio, no como una tarea más, sino como algo que le encaja con naturalidad.

Si el acompañamiento contribuye a la configuración con Jesús, Buen Pastor, su práctica lógicamente estimula la identidad sacerdotal y su abandono la desanima: no prestar este servicio empobrece nuestro ministerio, como lo empobrecería no confesar, no presidir la eucaristía, no predicar o no acercarnos a los pobres.

En sentido contrario, una referencia cristológica clara y una relación viva con el Señor Jesús piden la práctica del acompañamiento espiritual: un ministerio definido y claramente identificado con la figura del Buen Pastor inclina naturalmente al presbítero a cuidar *uno a uno* a quienes le han sido confiados. Un perfil sacerdotal nebuloso o una vivencia del sacerdocio de tono bajo no reclamarán espontáneamente ofrecerse a acompañar.

Por otro lado, el vínculo entre identidad presbiteral y el acompañamiento se extiende también al acompañamiento *recibido* por el sacerdote: acompañamiento ofrecido y recibido por el pastor constituyen dos puntos de vista distintos, pero inseparables. El presbítero no deja de ser un discípulo en camino tras los pasos de su Señor. Sabernos necesitado de ayuda nos capacita a pedir la misma colaboración que ofrecemos.

Quisiera terminar recordando de nuevo las palabras del Papa a los sacerdotes en agosto pasado, que nos animaban a no descuidar los dos vínculos constitutivos de nuestra identidad: el vínculo con Jesús y el vínculo con el pueblo, los dos

brazos que nos constituyen como lo que somos. Nos sorprendía —decíamos— que el Papa asocie inmediatamente ese vínculo con Jesús al acompañamiento espiritual. Pero resulta bastante lógico, y de agradecer.

José Emilio Cabra Meléndez